



Isabel Agatón Santander

¿Qué pensaría Virginia Woolf? Adopción y referendo

¿Qué pensaría Virginia Woolf si viera la hora en la que se levantan las mujeres para preparar un cuento, el chocolate o la libertad? ¿Si se asomara a través de la ventana a sus pletóricos escritorios, reconociera la vigencia de las mismas preguntas de su Sra. Dalloway y divisara a lo lejos las invenciones de generaciones que heredaron su rigor y su valentía? ¿Qué pensaría si se diera cuenta de que todavía es un privilegio dedicarse a lo que más se ama y que no debería ser así? Total ha pasado más de un siglo desde que, con sus escritos, reclamó ese otro mundo posible y aún esquivo.

¿Qué pensaría al ver cómo niñas menores de 10 años en la India, África, América, el Mediterráneo, el Pacífico y el mar Atlántico son cazadas – a propósito con z – y obligadas a una maternidad impuesta? ¿Qué diría al leer los periódicos que retratan quirófanos convertidos en anfiteatros por la estética occidental, racista, misógina y tradicional? ¿Qué diría al develar la pervivencia de costumbres que amputan la intimidad de las mujeres y con ello su dignidad? ¿Qué pensaría al ver los escritorios de despachos judiciales colmados de expedientes que nos hablan del valor que los vivos dan a las mujeres que ya no están y que a la fuerza han partido? Sólo pregunto ¿qué pensaría Virginia Woolf?

Se aterrará al constatar que trece parlamentarios en Colombia, o en cualquier parte del mundo, en pleno siglo XXI apelen a cánones religiosos, mal entendidos y mal interpretados, para reprimirnos del placer de gestar y crecer en familias diversas y privar del amor –que además de un derecho, es sobre todas las cosas un mandato– a los que crecen sin la tibieza de la leche y del caliente pan. ¿Qué pensaría al notar que por amar a otra mujer o el amor donde quiera que se encuentre, subsiste el calabozo, la hoguera o la sentencia? ¿Qué pensaría al ver en los siquiátricos tantas preguntas internadas, tanta agua derramada?

Empacaría sus manuscritos y se iría volando a ese lugar del nunca jamás y convertiría uno que otro verso en esos barcos de papel que se niegan a partir y haría de las olas sus más enérgicas guardianas y algún día, en alguna parte, encontraría debajo de los trazos de papel esa huella de esperanza que, a pesar de todo, se resiste a desaparecer, y que – contra el viento y la marea– convierte el frío lúgubre de los antónimos de la vida en la fuerza implacable de la máquina de escribir que, como mariposa, un día dejó de ser oruga.

Mayo 11 de 2016